

## Antes de empezar a leer...

*Buenos días, damas y caballeros. Son las seis de la mañana del lunes seis. Ya llevamos unos días de octubre. Pasan rapidísimo. Y hoy es el tercer y último día del juicio del año. El día más importante. Hoy declara el detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís y veremos cómo el abogado de la defensa intenta desacreditarlo. Vamos a conocer todo el resto de las noticias del día en titulares. Aquí, en Herrera en la Onda.*

Bibi se despertó como cada mañana, con el editorial de Carlos Herrera, sabiendo que su joven amante, Francisco Nicolás Montón, tenía que morir. No era el primer hombre que amaba, pero sí el primero al que casi duplicaba la edad. Lo miró recostado a su lado. Sintió la necesidad de deshacerse de él. «O eso o la cárcel», pensó la preparadora de juicios. Sin embargo, desechó dar la orden de asesinato y se prometió no volver a impregnarse de las manos de aquel joven rubito, aprendiz de político. Una vez más se engañó a sí misma, como llevaba haciendo desde su divorcio. Pocos meses antes había jurado y perjurado que jamás volvería a perder la cabeza por otro hombre. Y menos aún si tenía veinte años.

Enferma de calor, sintió la necesidad de catar la tersura del pecado. Apartó el flequillo rubio de su frente y acarició sus mejillas pecosas. En cuanto Nicolás abrió los ojos, ella creyó que jamás podría cerrar su mirada de perro pachón. Entonces se decidió y lo amó con el desenfreno de quien sabe que es la última vez, sintiéndolo desfallecer casi una hora después.

Llena de él, entró en la ducha para sentir cómo el agua le atacaba como alfileres en su piel mancillada por la violencia con la que habían

hecho el amor. La última vez que la preparadora de juicios miró a Nicolás Montón, el chico yacía, con los ojos cerrados, en la cama.

A las siete cerró la puerta del picadero sintiendo que el pasado quedaba atrás; esperaba no haber dejado huellas de su paso por allí. Al llegar a la calle, respiró. Arrancó el coche y puso rumbo a la ciudad de la justicia.

Era el tercer y último día del proceso del año. La preparadora de juicios tenía que poner en marcha la maquinaria que llevaría a la absolución definitiva de su cliente. Había ideado el plan perfecto. Su obra maestra. Tenía que desactivar la declaración del detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís. Si lo conseguía, la libertad de su cliente sería un hecho y su cuenta corriente pasaría a tener algunos ceros más. Volverían los días de opulencia.

A las nueve de la mañana todo estaba a punto. El cliente solo tenía que simular un ataque al corazón, y de ahí a su absolución había un único paso.

Un momento... ¡Un momento! Perdone usted, señor lector.

Antes de empezar a leer esta novela déjeme que le comente un par de cosas.

Este es un libro de ficción. Y como tal, los personajes que aparecen son producto de mi imaginación. No busque paralelismos en la vida real. Porque aunque la ficción encubra muchas verdades, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. ¡O no!

Por otro lado, sepa usted que un proceso judicial tiene muchas reglas. Todas escritas por políticos que luego hacen cumplir los jueces. Y los ciudadanos estamos en sus manos. Pero hay otras reglas —no escritas— que deben ser tenidas en cuenta. Los tribunales tienen su propio ritual y secretos que encubren pasiones desmedidas de lujo, sexo, dinero y poder. Solo la preparadora de juicios los conoce.

Y, a partir de hoy, usted también. Solo existe un requisito.

Shsss. ¡Guarde silencio!

# Prólogo

*6 de octubre de 2014*

—Oiga. ¿Me está atendiendo? —preguntó la preparadora de juicios.

—Sí, señora.

«Pues ya era hora...», se dijo, cansada de repetir lo mismo una y otra vez.

—Póngase erguido y adopte una postura con la que muestre seguridad.

Vio cómo el cliente se removía en el asiento, cruzaba las piernas y la miraba buscando su asentimiento. La preparadora negó con la cabeza mientras cerraba los ojos.

Cansada, se paseó frente al estrado improvisado y finalmente se sentó en un extremo de la mesa. Lo había situado frente a ella, en una silla tras un micrófono, tal y como estaría en unas pocas semanas, declarando ante un magistrado de verdad.

—Siéntese recto. Debe mirar al juez a los ojos. No mire al techo. Tampoco al suelo.

Avergonzado, se miró las manos.

—¡Ni las manos! Tampoco se las mire. La mirada siempre debe estar fija en los ojos del magistrado. No la desvíe ni busque jamás la aprobación de su abogado. Venga, no es tan difícil. Seguro que podrá. Y si lo hace bien... No se preocupe, cuando acabe la vista judicial le daremos un caramelo.

—Sí, señora —contestó.

—Créase lo que está diciendo. Si no, nadie le creerá. ¡He dicho recto! —gritó, fulminándole con la mirada—. ¿Me entiende?

—Perdón.

—¡Qué le he dicho! —vociferó, a punto de añadir un joder que calló—. ¡Créase lo que dice, mantenga la compostura y todo irá bien!

—Vale —asintió el cliente.

La preparadora suspiró y él se relajó. Ella, enseguida se dio cuenta que el cliente había aprovechado para mirar su blusa casi transparente intentado descubrir la oscuridad de sus pechos.

—¿Vale? —preguntó exhausta—. He dicho mil veces que esto es una sala de simulacros. Y a la jueza se le tiene que contestar «sí, señora» o «no, señora». Se debe ser cortés y demostrárselo.

—Sí, señora.

—Y, sobre todo, nada de joyas ni relojes de lujo. Un traje azul marino cómodo. Sin marcas ni opulencias. Una camisa de puño simple abotonado y de color azul claro. Zapato negro de cordones y corbata roja. Ese va a ser su uniforme en la sala. ¿Sabrá hacerlo?

—¿Roja?

«Esto es insufrible», meditó la preparadora cansada de tanto bobo con poder. Asintió con la cabeza.

—Sí. El azul es un color que genera confianza y el rojo atrae a las mujeres. Y la jueza que le ha tocado es mujer. Le quiero atractivo, confiable, cómodo y austero. Le acusan de un delito económico y no deseo ningún signo evidente de riqueza. Y, de verdad —añadió—, si no se acuerda de los colores piense en papá pitufo.

En cuanto el cliente se marchó de la sala de vistas simulada, se descalzó. Bajó de sus Manolos y movió los dedos de los pies, de atrás adelante, haciéndolos crujir en sus medias de seda. Se sentó en el suelo y sintió que la falda de tubo se le subía hasta los lindes de su cadera. Se tumbó, apretó los glúteos y notó como su espalda se arqueaba. Estiró las piernas y se quitó la falda.

Respiró en cuanto empezó a sentirse desnuda.

Aquella mañana se había vestido así a propósito; quería desconcertar al cliente, ponerle nervioso. La preparadora, acostumbrada a llamar la atención en cualquier circunstancia, lo había conseguido. Su pecho generoso y sus piernas curtidas con largas clases de ballet le otorgaban un porte altanero. También le ayudaba ser morena. Así era ella. Sin embargo, había algo en su aparente perfección que no encajaba. Su suficiencia ocultaba un estigma bajo una careta artificial incrustada tras años de amarguras y una vida dedicada al teatro. No al de las tablas, sino

al de la vida, donde los débiles se crecían ante la adversidad y los listos ocultaban su innata capacidad.

Bebió un sorbo de champagne y se quitó la camisa de seda transparente.

De repente, un golpe de aire frío hizo que se le erizara la piel. Sonrió pensando en el cliente. «Por fin ha aceptado cumplir mis órdenes.» Sabía que en la sala de juicios los nervios traicionaban a todos los hombres. Y su cuerpo bloqueaba a cualquier varón. Les hacía sudar. Los ojos de esos memos se posaban en su pecho y la concentración desaparecía. El cliente al que estaba educando para mentir en una sala de vistas judicial no iba a ser menos. Y lo había conseguido. ¡Claro que lo había hecho! «Los hombres son muy simples. ¿Tetas y culo? Sudor al canto», pensó.

Se desvistió del todo.

A solas, desnuda y tumbada en el suelo, se alegró de tener un nombre de guerra. Se veía a sí misma como una ladrona y una puta. Alguien fuera de la ley que, con pocos conocimientos legales, mucha intuición y un buen par de tetas, conseguía camelarse a los jueces y a los jurados. Sabía que jugaba con ventaja. No era tonta, aunque en otras épocas le hubiese interesado parecerlo. «Pero ¿no es eso lo que hacen los abogados y los fiscales?» se repetía para justificar su falta de escrúpulos innata. Era una *self-made woman* encumbrada a los altares de la jurisprudencia.

A sus treinta y tantos años, se sentía dueña de su vida. Había dejado atrás una familia. Una vida tranquila y conservadora. Se había volcado en su desarrollo profesional como preparadora de juicios sin prever que detestaría a aquellos viejos empresarios a los que solo les gustaba el dinero. No sabían vivir. Ella sí sabía disfrutar hasta el último céntimo de lo que ganaba. Dom Pérignon en una copa estilizada de cristal.

Todo lo que sabía, las reglas no escritas del proceso, lo había aprendido de su padre, un mero perista acusado de cooperación en el blanqueo de capitales. También de su ex marido. Y ahora le tocaba preparar a otros imputados. Todos ellos nerviosos, vilipendiados y temerosos de una futura condena judicial. La social, personal y mediática ya la habían sufrido.

Bebió.

El gas entró en su cuerpo y despertó su sensualidad. Vestida conseguía desestabilizar a esos señores del dinero. Desnuda, sintió que desaparecían las imposturas.

Su piel (tras un divorcio inquietante y un ex marido generoso) solo la besaban jóvenes efebos que la hacían sentir una dama vestida de Chanel.

PRIMERA  
PARTE





# 1

Marzo, 2014

Tomás Sánchez Gamonal dejó el rolex de oro en casa y lo cambió por otro reloj de plástico. Esa tarde no iba a trabajar. Durante la comida, en el restaurante Horcher, había sabido lo que iba a ocurrir en pocos minutos.

—Van a venir a por ti —le había dicho su confesor.

—Mierda.

En cuanto salió del restaurante, tras absorber dos whiskies *Ardbeg Uigeadail* para tomar fuerzas, había observado los jardines del Retiro y asumido que pasaría algún tiempo antes de que pudiese volverse a sentar en un buen comedor. Y es que lo que ocurrió esa tarde sería motivo de muchas elucubraciones y, para el juez Luján Olvido, que había dado la orden de imputarlo, de no pocos problemas. Porque Tomás Sánchez Gamonal en lugar de aceptar su pasado y asumir sus culpas, había ordenado a su abogado que pusiese en marcha un plan para acabar con sus enemigos, mientras él se marchaba a su vivienda con su familia.

Lanzó su traje sastre de ojo de perdiz, de una marca napolitana, en el vestidor de su suite, y se fue a la ducha. Odiaba esa ropa que Verónica, su segunda mujer, mucho más joven y pretenciosa que él, le compraba.

—Tienes que estar al día de la moda —le solía replicar con impostura—. Debes demostrar tu poderío. La ropa es un símbolo de poder. De tu poder —añadía.

Sustituyó su camisa de gemelos por una abotonada con un gran logotipo en el bolsillo izquierdo. Dejó la hechura de la americana cosida a medida y la cambió por una prêt-à-porter, más adecuada a su siguiente destino. Pasó revista a su nuevo yo. Casi la podía escuchar, llamándole «cari».

¡Cómo lo odiaba! Al principio de su relación le hacía gracia. Ahora le ponía enfermo incluso recordar sus palabras: «Debes ser más *trendy*. Eres lo que ven. Tu propia marca. Debes reflejar lujo. Esa es tu *life-*

*style*». ¡Menuda idiota!, se dijo el banquero mientras se preparaba para salir de la habitación.

Frente al espejo se afeitó y acicaló para evitar que quedara cualquier rastro de inquietud o ansiedad. Antes de salir de la habitación sorbió un último vaso de whisky y fumó, de forma compulsiva, un cigarrillo.

Recorrió los treinta metros de pasillo hasta el salón principal donde le esperaban su joven mujer y los tres hijos que había tenido de su matrimonio anterior. Con Verónica había tenido uno más, pero era demasiado pequeño para comprender todo aquello. En ese pasillo hacia el infierno recordó a su ex mujer, Elisa. Echaba de menos sus consejos. Su rictus se tensó. «No debería haberla dejado», se dijo preguntándose por qué lo había hecho. La imagen de Elisa no acompañaba a su nueva vida de financiero de prestigio, aunque ella habría sabido consolarle en esos momentos. Verónica, sin embargo, solo se preocupaba de si había dejado arregladas las finanzas antes de ese viaje que tenía que emprender. Se lo había comentado sin atreverse a poner nombre a su siguiente destino.

Sus pasos resonaron de forma teatral en el parqué de la casa acallando los murmullos que llegaban de su familia, a los que había citado a una reunión de urgencia desde el coche, mientras el chófer conducía desde el barrio de los Jerónimos hasta su vivienda. Pasó frente a un Picasso y a un Dalí. Ni los miró. Pura apariencia. Sus mejillas estaban sonrosadas, casi enrojecidas por el alcohol, la ducha reparadora y la ira que, poco a poco, se iba apoderando de él. Les informó, a su manera; con muchos sobreentendidos, pocas explicaciones y escasa información. Su cerebro estaba ocupado ordenando las instrucciones que tenía que dar a su hijo mayor, su sucesor. La documentación ya no estaba en la casa y nadie iba a encontrar nada que él no quisiese. Ni siquiera dinero.

De repente, el timbre sonó y oyó con sordina unas voces en la puerta principal.

—Qué esperen —ordenó.

Abrió su mayordomo y les hizo pasar a la biblioteca.

Se despidió de su mujer con un breve roce de labios y abrazó a su hija pequeña. El mediano recibió un gesto de cariño en su rostro y el mayor, Jorge, de treinta y ocho años, un sonoro golpe en la espalda. Su hijo había recibido una educación severa, que culminó con una carrera

de derecho y un máster en *business administration*. Ahora le tocaba a él ponerse al frente: ser el *paterfamilias* y su *consigliere*.

—¿Te acuerdas de todo lo que te he dicho?

—Sí, padre —contestó Jorge Sánchez Gamonal.

—Pues entonces, haz lo que tengas que hacer —le dijo antes de partir—. Aplícate. Todas mis enseñanzas las vas a tener que poner en práctica. Sin piedad —afirmó, soltando un olor a alcohol y nicotina que repugnó a Jorge.

Con sus visitantes a ambos lados, cruzó el soportal de su vivienda y atravesó el porche, dejando a su derecha la piscina familiar y el garaje que albergaba su colección de coches de época. Se paró junto al vehículo en el que habían venido aquellos dos hombres, serpenteando por el camino privado por el que se accedía a la finca. Les miró esperando sus indicaciones.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó, mientras pensaba en su último pitillo. No sabía lo que le iba a deparar el futuro.

Para algunos, los placeres mundanos, frente a la certeza de la muerte, eran un absurdo. Sin embargo, para él reflejaban su vida llena de éxitos, enfados y excesos. Había tenido que tomar tantas decisiones ejecutivas, que encontrarse de frente con un destino irresoluble le parecía una ironía. La situación parecía tan incómoda para aquellos hombres como para Sánchez Gamonal.

—Lo siento señor. Tenemos que hacerlo.

Les miró displicentemente y desvió la vista hacia el final del camino, iluminado por antorchas, donde estaba el portalón de acceso a la finca. Entre el enrejado negro vio fogonazos luminosos e imaginó lo que iba a ocurrir.

No se equivocó. Los dos policías inmovilizaron las manos del empresario, recién jubilado de su puesto de presidente y consejero delegado de unos de los mayores *private bank* del país, El Continental. Le ayudaron a entrar en el coche policial protegiendo su cabeza mientras se sentaba en la parte trasera del vehículo.

Una docena de periodistas les siguieron en dirección a los juzgados de Plaza Castilla después de haber tomado cientos de fotos de su arresto. En el coche, de camino al tribunal, observó la majestuosa ciudad de

Madrid mientras notaba los achaques propios de la edad. Pero el sonido que de verdad le atenazaba era el de su cerebro. Se sentía impotente; sabía que había cometido muchas equivocaciones en su vida, pero aquella caza de brujas era una ignominia. ¿Por qué no habría hecho caso a sus abogados? ¿Cómo sería la vida en prisión? ¿Por qué le hacía eso el juez? ¿Quién le había traicionado? ¿Saldría todo bien?

Su mente se inundó de pensamientos negativos. Intentaba compe-lerlo a actuar de forma diferente a la preestablecida. Pero sentado en el coche policial, camino de los juzgados y con un seguro destino carcelario, ni su cabeza le hacía caso. Estaba tan acostumbrado a luchar que, en esos momentos, su mente se embotó.

La radio policial vomitaba códigos que no entendía y sus manos rígidas, atrapadas entre los fríos grilletes, descansaban en el regazo de sus rodillas. De repente, le sobrevino la imagen de su padre, fallecido hacía años, cuando le anunció que había montado su primera empresa de construcción.

—El éxito se logra con constancia y esfuerzo —le había dicho.

Una mueca apareció en el rostro del banquero. Sus logros los había conseguido con una ambición desmedida que le había hecho perseguir el sueño adictivo del poder.

De repente, el sonido de una bocina le hizo despertar de su ensoñación y girar la cara para ofrecer su mejor imagen robada, la que ocuparía las portadas de todos los diarios y los telediarios de las diversas televisiones nacionales. Automáticamente recuperó la compostura y su cerebro salió del bucle en el que se había metido flagelándose por su mala suerte.

—Por favor, cuando salgamos tápenme la cara. No quiero que esas aves de rapiña se ocupen de sacar mi peor aspecto y mis enemigos se deleiten con mi caída —dijo con su voz penetrante y potente.

—No se preocupe, señor. Usted tápese con el abrigo. Nosotros le guiaremos.

Las cámaras de televisión y los reporteros gráficos habían tomado, casi al asalto, la madrileña Plaza de Castilla.

—Señor Sánchez Gamonal, ¿es usted culpable? —le preguntaron cuando puso un pie fuera del furgón.

Querían captar alguna imagen de Tomás Sánchez Gamonal en su traslado a la cárcel de Soto del Real. Órdenes son órdenes. La imagen de un banquero esposado tenía mucho valor. Las ventas de los rotativos aumentarían y la publicidad volvería a las editoriales.

Tomás se inclinó hacia adelante y los policías le ayudaron a sortear la nube de fotógrafos camino del matadero.

## 2

El juez Luján Olvido ordenó el ingreso en prisión del banquero cuyo envejecido cuerpo y la falsa juventud de su impávida cara intentaban acomodarse en el furgón policial. Su escaso metro setenta de altura y sus delgadas piernas soportaban mal su abultado estómago; sus manos manchadas, por la edad, resaltaban su moreno artificial con el metal de los grilletes.

En cuanto dejó de escuchar el sonido de las voces de los periodistas se atrevió a mirar a través del ventanuco que había en ese camión de reparto de los deshechos de la sociedad. La apertura, protegida por un cristal blindado, era mínima y no le permitió ver nada más que un claroscuro que le anunciaba su futuro cercano. El reflejo de su rostro, estirado y artificioso, le produjo pena. Estaba solo por primera vez en muchos años; acostumbrado a tener ayudantes y sirvientes, se sintió desvalido, anulado y confinado a los brazos del terror carcelario.

—Espero que todo salga bien —murmuró el banquero, recordando las palabras de sus abogados: «Señoría, esto es un disparate judicial».

En el auto judicial «carente de fundamentación jurídica, extemporáneo y parcial», según lo habían definido los letrados del banquero, el juez se había despachado a gusto contra Sánchez Gamonal. Según él, sus actividades estaban destinadas al apoderamiento de los bienes de todos los accionistas del banco. El documento judicial, que ordenaba la detención del banquero, establecía que el proceso se había iniciado por un presunto delito societario para acordar su inmediato ingreso en prisión sin fianza por «estafa y blanqueo de capitales».

La caída no había hecho más que empezar. Eran tiempos de detenciones online, y las imágenes del financiero esposado dieron la vuelta al mundo. Las televisiones, los radios, los diarios digitales y las redes sociales solo hablaban del encarcelamiento del banquero.

Era *trending topic*.

El furgón llegó a la puerta exterior de la prisión. Paró frente a los periodistas. Destrozado, volvió a escuchar cómo gritaban su nombre mientras los clicks de las cámaras fotográficas convertían el eco metálico del receptáculo policial en el martillo de un revólver. Valoró las palabras que su letrado le había dicho nada más conocer su destino, y que le parecían lejanas. Sin embargo, apenas tenían una hora.

—Tranquilo, mañana te haremos llegar ropa.

—Decidle a mi hijo que no se preocupe. Que lo arreglaré —había pedido el financiero. Y en aquel momento se había creído sus propias palabras.

—Joder, Tomás, prepárate para estar una buena temporada encarcelado. Haremos todo lo posible por sacarte pronto. Pero no será inmediatamente —le había contestado el abogado, consciente de que la conversación podía estar siendo grabada por el juez—. Quince días no te los quita ni Dios.

El poderoso presidente del Banco Continental sabía que lo tenía muy difícil y que nada bueno podía presagiarse de aquella detención. Tendrían que hacer mucha labor de comunicación pública y, sobre todo, de presión política, si sus letrados querían ayudarle a escapar del pozo. El plan podía salir bien o mal. Pero había que ponerlo en marcha. Habría que regar con dinero a mucha gente.

La barrera de la entrada de Soto del Real se abrió para que el furgón con el detenido accediera al interior del centro penitenciario. Les seguía el coche de Íñigo Altamira, el abogado del banquero, que salió del vehículo con las manos vacías. Se identificó en la garita de seguridad y esperó sentado a entrevistarse con Sánchez Gamonal. El letrado estaba valorando pros y contras. Haciendo cábalas para que todo acabase bien. Su preocupación era más que evidente. Hasta que una idea cruzó por su cabeza. En esos momentos arrugó la nariz y las comisuras de sus labios se alzaron. Casi sonrió. Su cliente le había transferido su poder. Ahora era él quien lo tenía. Estaba, por fin, donde quería. Entre las togas de oro del país.

—¿Por qué sonríes? —preguntó el banquero.

Altamira se levantó y se situó frente a su cliente, al que acababan de traer esposado para hacerle la ficha penitenciaria.

—Tómalo con calma.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el banquero, que no entendía cómo las elevadas minutas no compraban voluntades.

El letrado se llevó un dedo a la boca; imaginaba que lo estaban grabando. Miró a su cliente pidiéndole cautela. Mide tus palabras, parecía decirle. Sin embargo, fue el propio Altamira el que inició la conversación hablando sin tapujos.

—Ese juez te odia —dijo el letrado.

—Dime algo nuevo.

—Tomás, no es normal. Lo recusamos, y aun así te envía a prisión.

—Sácame ya de aquí. Para eso te pago.

—No es tan fácil como crees —contestó hierático el letrado.

—¿Ah no? —dijo el banquero—. No me jodas, Íñigo. Ya hemos hablado de esto. Y si haces bien tu trabajo nada puede salir mal.

Altamira frunció el ceño. Esas palabras habían sonado a amenaza. A mandato. No creía en la justicia. Tampoco en la bondad humana y por eso había unido su destino al de su cliente, un abyecto comprador de voluntades y cercenador de la letra de la ley. Pero esos asertos eran una clara advertencia. Si caía el banquero, no tendría más clientes.

—Tranquilo. Lo haré. De todas formas te esperan unos presos de confianza en Soto del Real para hacerte la vida mínimamente cómoda —afirmó, servil.



# 3

Ramón Tejeda mostraba signos de cansancio. Desde que lo habían nombrado director general de la Policía su existencia se había convertido en un sinvivir. Pero lo soportaba de buena gana. Sabía que era algo temporal y que cuando regresara al mundo de la empresa privada, lo haría con más experiencia, una agenda de contactos voluminosa, y con mucho más dinero.

—¿Estoy bien? —preguntó a su asistente.

—Sí, señor. Está perfecto. En estado de revista —afirmó su cínico jefe de gabinete, Lauro Ibáñez.

Tejeda sonrió.

Minutos antes se había cambiado de ropa. Algo más formal. Repasó su incipiente calvicie frente al espejo y se lustró los zapatos. A sus cincuenta años estaba en el cenit de su carrera política. Ahora tocaba llenarse los bolsillos.

—Venga vamos —le dijo a Lauro Ibáñez—. Ya estoy a punto. Uno, dos, tres, probando —se aclaró la garganta.

Se sentó ante una mesa llena de micrófonos. Estaba agotado pero feliz.

La noche previa había sido muy larga. Había estado muy ocupado, contestando las dudas de empresarios y políticos, que se interesaban por la detención del banquero. Nadie hablaba bien del detenido. Simplemente querían saber hasta dónde iba a llegar la investigación policial. Se había pasado toda la noche respondiendo a solicitudes del ministro del Interior y a las seis de la mañana le comunicaron que, tres horas más tarde, tendría que ponerse frente a los medios de comunicación para dar una rueda de prensa.

—Necesitamos la publicidad —le había ordenado el ministro.

Y obedeció.

Había docenas de periodistas acreditados. Los destellos de los flashes le aturdieron un poco. Un sorbo de café, un sonido gutural para eliminar la carraspera de una noche de tabaco abundante, y ya estaba dispuesto a empezar.

«Dientes, dientes», se dijo a sí mismo (para eso se había hecho un blanqueamiento dental).

—Buenos días a todos —dijo buscando el silencio de los plumillas. Esperó.

Se sentía incómodo por el cansancio y la presión. Pero estaba saboreando la victoria. O eso creía él. Era un ególatra. Un *egosurfer* que buscaba menciones de su propio nombre en Internet, a diario. Un tecnócrata andaluz reconvertido en político madrileño que disfrutaba viendo su fotografía en los diarios y subiendo sus *selfies* a twitter. Gozaba con aquellos baños de medios y escuchaba resonar su voz con sensaciones similares a las de un orgasmo.

—Me llena de orgullo y satisfacción —empezó sin saber muy bien a quién le había oído antes aquellas palabras—, anunciarles que hoy el Cuerpo Nacional de Policía ha procedido a la detención del maltrecho financiero Tomás Sánchez Gamonal, acusado de los delitos de estafa y blanqueo de capitales.

«¿Maltrecho?», se extrañó al leer lo que otros habían escrito para él. Hizo una pausa y un runrún recorrió la estancia. Esos momentos valían todos los sinsabores de su cargo. La fama, el poder, sentirse escuchado y capaz de cualquier cosa. Una imperceptible sonrisa apareció en su rostro. Tenía un aire de suficiencia impropio para un servidor público. Simplemente se sabía en un puesto de trabajo temporal. Pronto mandaría en el sector privado. Su boyante cuenta corriente florecería aún más y entraría a formar parte de los elegidos. Esa era su meta y nadie iba a ser capaz de jodérsela.

Iba a retomar el discurso cuando Lauro Ibáñez se acercó por detrás. El director general lo fulminó con la mirada. Sus ojos eran misiles. ¡Quién osaba robarle el plano! Hasta que vio la cara de preocupación de su fiel lacayo y con un pequeño gesto de asentimiento, le autorizó a acercarse.

—Espero que sea importante —le dijo en voz baja, tapando el micrófono para que nadie, de forma furtiva, captase su voz.

Era su mayor pesadilla. Que algún día fuese víctima de lo que se conoce como el síndrome del micrófono abierto y que le dejase con el culo al aire, como a George W. Bush al referirse a un reportero del *New York Times* como «un imbécil de las grandes ligas».

—Que sí, coño —contestó su ayudante—. Es de su socio.

El jefe de gabinete puso frente a él su teléfono y le dejó leer el mensaje. Tejeda miró el móvil y se quedó ojiplático. Releyó dos veces el texto y evaluó, mentalmente, cómo seguir con su parlamento. «Malditos capullos», pensó.

Lo que ocurrió después, meses más tarde, también sería objeto de multitud de especulaciones en las tertulias radiofónicas y en la Fiscalía General del Estado. Porque en lugar de advertir a las autoridades policiales de aquel chantaje, como exigía la ley y su puesto, Tejeda había expulsado a su ayudante con un gesto. Tras recibir ese mensaje, en el que se le decía «olvida tus fanfarronadas», no se lo mencionó a nadie y plegó, poco a poco, los documentos que iba a mostrar a cámara. A sus más allegados les dijo que quiso romper su comunicado frente a las pantallas de televisión, pero que no se atrevió. Tampoco fue sincero del todo, y no les explicó que no quería leer nada que minase su imagen pública. Simplemente, una sonrisa cínica y forzada apareció en su rostro. Improvisó cerrando la boca (el blanqueamiento dental no le había servido para mucho) y se plegó a los intereses de un imputado.

Lo que debía ser una rueda de prensa se convirtió en un escueto comunicado que acabó de forma precipitada. «Putos políticos», pensó. Después de eso dejó de mirar sus fotos en Internet. También lo que se decía de él.

# 4

El detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís oía el zumbido del televisor en su casa barcelonesa, alejado de la corrupción capitalina. Sin embargo, la noticia de la detención de Sánchez Gamonal despertó algo en el investigador que creía olvidado. Encendió un cigarro viendo cómo los gurús de los medios de comunicación se deleitaban con la caída del banquero. A pleno pulmón, con voces destempladas y gritos malsonantes lo masacraban, empapando la opinión de los televidentes.

Néstor llevaba una temporada avanzando por un túnel negro, aunque parecía que su única preocupación fuese perder la juventud. Apagó con violencia el cigarrillo y se levantó para servirse una copa de vino. Oyó, otra vez, el debate político televisado al entrar en la cocina donde estaba Bibi, su mujer. No dejaba de pensar en los motivos de aquella detención y de su propio descalabro personal.

—Cómo está el patio —dijo ella frente a un plato de ensalada y fruta.

El detective asintió, sin contestar. La miró orgulloso. «¡Qué guapa es!», pensó. Ambos se cuidaban. Su aspecto era importante. Ella joven y bella. Él, cuarentón, consideraba que un profesional debía cuidar su imagen. Era el investigador privado de los poderosos.

—¡Eh! ¿Me escuchas? ¿Hay alguien ahí? —preguntó Bibi, golpeando con el dedo índice la cabeza del detective.

—Sííí. Te estoy escuchando... Me he enterado esta mañana. A primera hora. Afeitándome. Me han llamado desde Madrid.

Por eso se había vestido de gris oscuro. El dandi era fiel a la ropa que le dictaban sus emociones. No seguía las tendencias de moda. Una tela Loro Piana, cómoda y ligera, había sido la elección. Un traje Cifonelli hecho a medida en París. Gris, como el día. Nunca se había considerado guapo (más bien resultón), y desde que conoció a Bibi había perse-

guido la juventud como jamás se lo había planteado. A medida que cumplía años y perdía pelo y musculatura, realzaba su figura con telas, en pos de una juventud cada día más lejana.

—Pues contesta. ¿No? —dijo ella.

El investigador negó con la cabeza mientras Bibi se preguntaba si algún día le haría caso.

—Eh. Espabila guapo. Siempre me dejas al margen de todo. Tan meticulado con tus clientes y... tan poco atento con tu mujer —añadió.

Sanchís sonrió sin contestar. Tenía un ojo mental. Algo que le permitía abrir los sentidos a lo que ocurría a su alrededor, salvo al entendimiento femenino. Bebió un sorbo de vino sin apartar la vista de su mujer y de la información televisada sobre Sánchez Gamonal. Con una mirada le sobraba para radiografiar el mundo aunque su mujer lo considerase un bipolar viviente; otros, algo superficial por su querencia a las bellas telas y al mundo del lujo. Era carne de psicólogo. Dinamita ambulante. Su profesión impregnaba como la melaza su vida y lo había convertido en un personaje. Ocultaba al mundo su ser más íntimo, mostrando su perfecta apariencia tamizada por un lenguaje convincente que protegía sus secretos.

—No empecemos, por favor —contestó.

En cuanto lo dijo algo en su cerebro se iluminó. Se alejó de la cocina. Entró en una habitación que había habilitado como despacho y echó un vistazo rápido a sus archivos. «¡Néstor!», escuchó que le gritaba Bibi. Cerró las carpetas y, mientras volvía a la cocina, no pudo evitar preguntarse si podría ayudar en la defensa de Tomás Sánchez Gamonal. Estaba seguro de que sus abogados acabarían contratando a un detective y él se sabía uno de los mejores en aquel tipo de investigaciones. Sin embargo, se negó siquiera a contactar con los letrados del banquero. Aunque, tal y como acababa de comprobar, aparentemente no tenía ningún tipo de conflicto de interés.

—Por fin —dijo Bibi.

Néstor se acercó al mando del televisor y machacó la tecla subiendo el volumen, más para ahuyentar sus anhelos que las palabras de su mujer.

—¿Has trabajado alguna vez para el Banco Continental?

—No. Jamás —contestó el investigador cuya cartera de clientes se nutría principalmente de grandes multinacionales que lo buscaban para atajar problemas.

—Mejor. Si no ahora tendrías que estar allí. En el meollo. Y todo eso ya lo has vivido.

Néstor desplazó la mirada del televisor, dio un nuevo sorbo al vino y la observó. Tenía razón. Como casi siempre, meditó. Estaba acostumbrado a investigar casos fríos donde el mayor conflicto era el dinero. No llevaba muy bien dar malas noticias, informar sobre pasiones o descubrir infidelidades. Era la razón por la que se había especializado en investigaciones sobre fraude empresarial. Nada de cuernos, asesinatos, autopsias y emociones a flor de piel. Tampoco empresarios encarcelados con la prensa pisándoles los talones. Y desde que había conocido a Bibi se había aplicado las mismas reglas en su vida personal. Antes de catarla había sido la envidia de los golfos de sus amigos. A esas alturas de su vida, su única motivación era dejar atrás un pasado sentimental convulso y dedicarse a su familia. Ni descubrir una conspiración política internacional le motivaba. Demasiadas mujeres habían hecho que sucumbiera al placer de la carne. Hasta que la conoció a ella. Su última oportunidad. Nada, ni nadie, iban a hacer que pusiese en peligro su entorno. Ya se había jugado un matrimonio previo por su bragueta juguetera. No había tetas mejores que las de su mujer. Ni cabeza mejor amueblada. Era su alter ego perfecto.

—En realidad lo echo de menos —dijo Sanchís que aún se desvelaba a media noche creyendo que seguía al frente de uno de aquellos intrincados casos donde su vida corría peligro.

—¿El qué?

—La adrenalina de las investigaciones con cuerpo.

—¿Con cuerpo? ¿Cuál? ¿El de una mujer?

Aquella pulla le devolvió a la realidad. Ella consiguió lo que otras antes habían intentado, sin éxito. Simplemente con inteligencia. Sabiéndolo llevar. Dándole una de cal y otra de arena. Condescendencia y sarcasmo. Aunque ahora que la juventud se le escapaba maduraba la idea de volver a sus correrías adolescentes. Sin embargo, se prometió que aquello no podía ocurrir. Como tampoco volver a buscar el éxito empresarial a toda costa. Se conformaba con mostrarse atractivo y juvenil.

No le explicó sus desvelos.

—No te hagas la lista. Ya sabes a lo que me refiero. Estar allí. Vivir desde dentro la crisis del Continental. Saber la verdad.

—Eso se acabó. Lo prometiste.

—Lo sé. Además tengo la sensación de que esto es el inicio del fin de la crisis económica.

Su joven mujer, de repente, alzó la vista. Un gesto de incredulidad apareció en su rostro.

—¿Por qué?

—La caída de un banquero es el inicio de la recuperación económica. Si no, el Gobierno no lo permitiría. Los necesita centrados en sanear sus balances. No amedrentados creyéndose en el punto de mira de la justicia.

—Tú y tus verdades absolutas. Tus afirmaciones rotundas. Eso no lo puedes saber. ¿Por qué no te pones unas gafas del revés y te compras una bola de cristal?

—Tiempo al tiempo, amor. Tiempo al tiempo —contestó obviando su comentario.

Sanchís aún no sabía que iba a acabar enterrado bajo una avalancha de problemas por aquella detención.